

ME LLAMA LA LLAMA

Jorge Mansilla Torres

*Para Germán de la Vega,
que también me llama (la atención).*

Los racistas reciclados por el resentimiento, que no quieren a Evo como presidente, suelen mentar a la llama para insultar a los indígenas que son mayoría en Bolivia, 63 por ciento de la población.

“El que no salta es llama”, corean en manifestaciones para resaltar su gozo blancoide. “¡Cruzamientos de llama y adobe!”, gritan a los policías que, también de origen indígena en su mayoría, vigilan las calles de Sucre, por ejemplo.

En los hechos, ese indócil reducto de la pigmentocracia no hace más que emular al almirante chileno José Merino, segundón del dictador Pinochet, quien en 1992 declaró que los bolivianos no le parecíamos gente sino “símbolos de auquénidos” (*sic*).

Mis padres, que eran sucrenses, solían jactarse de la sonoridad chuquisaqueña del idioma quechua. “Soy sucrena” ironizaba mi madre aludiendo a la cursi alcurnia de sangre azul de la que presumían ciertos descastados hasta mediados del siglo pasado. “Sucrena, como decir inglesa, francesa...”, aclaraba ella y estallaba la risa familiar.

Mis padres y sus paisanos radicados en Uncía y Llallagua cantaban con docta melancolía al Churuquilla y al Sica Sica, las montañas tutelares a cuyos pies está la bella ciudad capital. Se enorgullecían de la tradición textilera de los jalq’as y del estoicismo tarabuqueño. A cada rato mencionaban las cuatro patas de su ciudad natal (Conchupata, Wayrapata, Alalaypata y Surapata).

Cuando el 5 de enero de 2005 ofrecí un recital de poesía y humor en el auditorio de Radio “Aclo” de Sucre, manifesté mi deseo de ir a radicar en la capital boliviana a condición de que me dejaran crear otra “pata” urbana. Dado que traigo una tremenda cirugía en el corazón propuse que me dejaran vivir en “Cardiopata” (así, sin acento). Fue en ese evento que también hablé de los *chuquisaurios*, en alusión a las huellas de dinosaurios que hay en las estribaciones del departamento de Chuquisaca.

Pero aquí no saldré en defensa de mi ancestro familiar, sino de la llama, ese hermoso ser andino que se pasea con el donaire de una “miss Bolivia” por las pasarelas del altiplano, a más de tres mil metros sobre el nivel de la idiotez racista.

La llama y su marido, el llamo, tienen una dignidad que debiéramos copiar para darnos a valer como seres humanos. Cuando, en el albor de los tiempos, esos auquénidos lograron su licenciatura de animales de carga, impusieron sus condiciones de trabajo ante los privatizadores de entonces, los quechuas y aimaras.

Pliego petitorio, a saber: 1) Nada de cinchos, bridas, caronas ni azotes, como al caballo; 2) Nada de nombrecitos insultantes como al burro; 3) Nada de sobrecargas tramposas, como a la mula; 4) Nada de obligarles a comer cochinas, como al chancho.

A cambio de ese buen trato, los auquénidos juraron romperse el alma trabajando como auxiliares del hombre andino, además de ofrecer en donación periódica su lana para que éste teja sus ropas y su taquia como combustible. Autorizaron el uso de su cuero post mortem para zapatos, su carne como alimento sin colesterol y hasta sus pezuñas para los chullu-chullus de percusión de los grupos musicales.

¡Cuánto renunciamento a cambio del simple respeto a su libertad y sus derechos llamanos!

Sus primas, la alpaca y la vicuña, no se alinearon con el sistema e hicieron respetar su autonomía zoológica. Hicieron bien.

Se colige que los indígenas cumplieron por los siglos de los siglos el pacto firmado con las llamas, porque no se envenenaron con el virus del capitalismo salvaje.

Saben los indios que ninguna llama soporta cargas de más de 35 kilos. Si le ponen 36, el animalito se niega a moverse, se declara en huelga de patas caídas, se sienta sobre sus cuatro y ahí se queda hasta que caiga la dictadura o le rebajen la carga. Y si quieren forzarla al trabajo, la

llama se defiende con lo único que sabe: un escupitajo en toda la cara del abusivo.

Bella estampa, caray, que le da un aire de dignidad al Ande. La llama señorial paseándose en las alturas, besada por el sol, atravesando nubes, siempre con el cuello alzado, mirando el horizonte y avanzando con paso pausado.

Precisamente, y como un sopapo a los denostadores de la llamita, el gran vate Gregorio Reynolds, sucrense de cepa, la aclamó en un soneto inolvidable que así empieza: *“Inalterable por la tierra avara/ del altiplano, luce la medida/ de su indolente paso y su apostura/ la sobria compañera del aimara...”*

Tendría que haberse escrito una fábula de cuando los caballos europeos y las llamas bolivianas se vieron por primera vez, tras la llegada de los españoles al territorio del Abya Yala. Algo que diga, por ejemplo, que las llamas pretendieron politizar a los équidos para que se organicen en sindicatos o tomen las armas en protesta por la manera brutal con que eran tratados por sus montantes.

Enterados los españoles de la labor subversiva de los auquénidos, apresaron a dos ejemplares y los acusaron de ser terroristas llama-tivos al servicio de Cuba.

—¡Identificaos!—, chilló el conquistador.

—Me llamo llamo y esta se llama llama—, dijo el macho.

Tardó el latapecho en salir de su turulatez y exclamó:

—¡Joder! ¿Y qué pretendéis?—.

Los originarios respondieron a dúo: “Una llama-rada continental”, aludiendo a la rebelión antimperialista.

—¡Ajá, coño! ¿Así que queréis que esto arda? —chilló el irascible gachupín separatista. —¡Pues, que arda!

Y ordenó prender fuego a las praderas de pajabrava andina. Y el pasto de las llamas fue pasto de las llamas.

He aquí, pues, que ahora, según los racistas sucreños, “el que no salta es llama”. Refieren las crónicas que los desquiciados de Sucre prendieron fuego a las oficinas de la Policía, a la casa del Prefecto y a las instalaciones de Tránsito. Y que luego saquearon oficinas de la administración pública y asaltaron algunos negocios.

Fue por eso tal vez que el llamo le dijo a su compañera: “Tranquila tú. Mira que somos bien diferentes a esa raza”. La llamita frunció el ceño, extrañada. Y el macho le musitó: —Allí, el que no asalta es llama. ▣



Jorge Mansilla Torres. Escritor y periodista boliviano, también conocido por su seudónimo “Coco Manto”. Ha recibido, entre otros, el Premio de Poesía “Franz Tamayo” (La Paz, 1980), el Premio de Poesía “Ramón López Velarde” (México, 1982) y el Premio de Poesía “Efraín Huerta” (México). Fue galardonado también por la Asociación de Periodistas y el Sindicato de la Prensa de La Paz. Residente en México largo tiempo, ha colaborado en diversos medios, como el periódico *Excelsior*. Fue Embajador del Estado Plurinacional de Bolivia en México. Es miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*.